

**Zizioulas, Ioannis**, *Teología en perspectiva escatológica. El futuro siempre presente*. Traducción del inglés por Juan Manuel Cabiedas Tejero. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2023. 381 pp. 22,7 x 15 cm.

El autor de este ensayo teológico Joannis Zizioulas (Atenas, † 2023) fue profesor de la Universidad de Tesalónica y profesor visitante de universidades en Edimburgo, Glasgow, Ginebra y Londres antes de ser nombrado metropolitano de Pérgamo. Ha estudiado y desarrollado el fundamento eucarístico de la Iglesia, la eucaristía es constitutiva de la Iglesia, ha propuesto una ontología personal desde el bautismo, no sólo como individuo persona, también como dimensión comunitaria, eclesial, y ha contribuido al diálogo ecuménico, participando en reuniones interconfesionales; cuando el Papa Francisco publicó la encíclica *Laudato Si'* en 1915, uno de los que hicieron su presentación pública fue Joannis Zizioulas; en la edición inglesa original de 2023 llevaba un prefacio del Papa Francisco (pp. IX-X), que el editor español ha omitido. El ensayo que tenemos delante comprende seis caps., de los que el primero (pp. 9-75) titulado “En el principio era el final”, propone la escatología como una visión que abarca pasado, presente y futuro, ya que la historia está organizada hacia la meta trascendente en la que se recapitulan los sucesos y acontecimientos; por tanto, no se resume la escatología a lo que significan los novísimos y a la consumación del mundo, sino a la forma de entender el Reino de Dios y la esperanza de su acción en la vida como manifestación o epifanía de las realidades celestiales; la eucaristía es una afirmación permanente de la espera en la venida del Señor, anunciando su muerte y resurrección hasta que vuelva. La resurrección es la prueba del amor que supera la muerte, lo cual alcanza también a la ontología que entra bajo la acción de la gracia. La escatología y la ontología es el tema del cap. 2 (pp. 77-129) porque la escatología favorece la afirmación del ser, no como cuestión meramente metafísica sino como futuro para los seres y para la misma historia orientada al día constitutivo que le da sentido, le asegura un futuro. La escatología, pues, no es sólo la bienaventuranza del juicio final, sino la recapitulación de todo en Cristo y en Dios Padre, por tanto, la creación entera consumada devuelta a su esplendor (cap. 3, pp. 131-190) lo que significa que la creación no tiene un ser eterno, ni es inmortal, es una propiedad exclusiva de la naturaleza divina, que por don gratuito le será concedida al final de la historia; por eso la creación está orientada hacia ese fin, hacia el encuentro con Dios, porque el ser eterno es causa de la creación (p. 173ss). Son de una claridad notable las páginas sobre la ontología icónica que no sea sólo pensamiento, sino acontecimiento, en el cual están también las personas y su alteridad que habla de los demás y propone comunión con los que te ven y te afirman como se desprende de la Trinidad, el Padre se deja ver en su eikon, se ve a sí mismo en ella, en la comunión de personas (pp. 184ss). La caída, la pérdida de la perfección moral y natural, no es tanto un episodio del fracaso de la creación original, sino el comienzo de la historia que camina hacia su objetivo final, para cumplir el propósito de Dios, que la creación buena llegue a ser “muy buena”, que es la perspectiva escatológica (cap. 4, pp. 190-238), que será para el ser humano la *theosis*, esto es lo que pierden Adán y Eva por la desobediencia, la inmortalidad a la que estaban destinados; pero la humanidad pecadora lo es por referencia al que “es sin pecado”, es decir al “hombre perfecto” que es Cristo, el que es causa ontológica de Adán hacia el cual camina para alcanzar la perfección propia del eschaton; Adán no fue creado “constitutivamente perfecto”, sino “apto para recibir la virtud” por eso el último Adán es causa de esta criatura sin perfección en sí misma. En el cap. 5, es donde se tocan los puntos clásicos de la escatología, juicio final e infierno y el problema del mal y del “recuerdo del mal” (pp. 239-274) o el rencor que imprime el mal en la mente y desencadena el querer el mal y darle existencia. Son muy

claras las páginas dedicadas al infierno (= estar separado de aquel que ama y es amado, p. 267) y la eternidad del mismo como castigo y consecuencia de la retribución que se opone a la fe en el amor de Dios, de ahí la idea de la apocatástasis o restauración participativa en la obra de Dios, cuando nuestra libertad y nuestra voluntad vean la conformidad con la Dios. Ahí también será realizada la deificación a semejanza de la eternidad de Dios (sin principio). Son muy importantes las portaciones que hace desde Máximo el Confesor y la consideración de la escatología y la eclesiología, que en la eucaristía “reúne” a los individuos y logra la unidad; la eucaristía no es un encuentro individual con Dios, pues la comunión eucarística vincula nuestra salvación con la de los demás, por eso es “antídoto” contra el infierno (p.268s), pues nadie se salva solo. El cap. 6 y último trata de la escatología y el tiempo litúrgico (pp. 275-347), la experiencia litúrgica es vida de los cristianos que debe ser relevante para la vida diaria, pues la celebración del misterio divino es también teología vivida. S un libro de gran profundidad teológica y de estimulante reflexión sobre los aspectos prácticos que pueden iluminar la vida Cristian, la profesión de la fe animada por la caridad que fundamenta la esperanza (Gál 5,6). Es un gran acierto el haberlo publicado.

Rafael Sanz Valdivieso